

MANUELA SÁENZ
LA SEÑORA DE PAITA
-Novela -

Mabel Pagano

Dedico esta obra a las mujeres que hicieron historia sin que la historia la recuerde.

PRIMERA PARTE

Sabe que la fiebre no tardará en llegar a su puerta. Había bajado en los primeros días de noviembre, con un marinero desembarcado de apuro en aquellos confines, que moriría poco después, sacudido por las convulsiones y envuelto en sus desvaríos. Y cuando a él se lo llevaban camino afuera, hacia el descampado, ella, la fiebre, echó a andar a los tumbos por las calles, para luego empezar a meterse en las casas y ya no hubo hora en que no pasaran los carros que portaban a los muertos tras sus huellas.

Le habían contado que no quedaban esperanzas de combatir la epidemia; que la gente empezaba a escapar hacia otros pueblos y que en su terror al contagio, hasta se olvidó del miedo que siempre le inspirara el desierto, al que las habladurías y las supersticiones cargaran de fantasmas y malos espíritus desde tiempos remotos. Suspiró resignada. Podía ver, llevada por el vaivén de su hamaca, las sombras de los que escapaban en medio de las hogueras que enrojecían el aire consumiendo las cosas que dejaban los muertos y también las siluetas silenciosas que cargaban los cadáveres, cuyo destino era la gran fosa abierta al pie de los farallones.

Todo estaba tan quieto, que hasta podía oír los confusos y dispares sonidos del muelle y el paso apagado de las mulas sobre la tierra seca del camino viejo. Comenzó a pesarle la certeza de que la fiebre pronto llegaría por ella y que nada conseguiría evitarlo. ¿Cómo pensar en huir, si ni siquiera le era posible abandonar esa hamaca para alcanzar la puerta?

Un nuevo ocaso gris, agónico y doliente, se iba dejando caer encima de Paita, el puerto soñado por los gringos balleneros. El silencio crecía junto con la oscuridad. Buscando consuelo por el sendero de los recuerdos, Manuela ya no veía sombras ni fantasmas ni hogueras porque, perdidos los ojos en la distancia, comenzaba a preguntarse cómo podía alguien explicar la dimensión de los sueños de un libertador.



Asomada al balcón de la casa más bella de Quito, sentía su corazón latir apresurado, bajo la seda blanca del vestido que dibujaba su talle perfecto, dejando al descubierto, gracias al generoso escote, sus pechos redondos y firmes. Sólo unos pocos días antes había llegado a la capital ecuatoriana desde Lima, donde viviera los últimos siete años. Viajó con sus criadas y su abundante equipaje, bien vestida -con un elegante traje estilo militar- y mejor montada, en un alazán tostado, de largas crines rubias igual que la cola, regalo del gobierno peruano como despedida, llevando una escolta

cuyos componentes no hubieran vacilado en dar su vida por ella. Pero no se hizo necesaria ninguna demostración de fidelidad ni de heroísmo, porque su paso fue respetado, más allá de la curiosidad que despertaba tan hermosa mujer circulando por aquellos lugares, donde aún resonaban las explosiones ensordecedoras de la guerra.

En el camino de la montaña se habían cruzado con los contingentes de españoles que marchaban prisioneros hacia el mar, custodiados por los soldados de la República de la Gran Colombia quienes, a pesar de su celo, no podían evitar que algunos huyeran a ocultarse en las profundas grietas de los Andes, donde otros estaban escondidos después de haber fugado de cárceles y campos de batallas perdidas.

La guerra había dejado sus marcas en todo; tierras devastadas y poblaciones destruidas, huesos desprendidos de cadáveres insepultos y pedazos de armas, eran la prueba más elocuente de un tiempo cruel que, por fin, parecía haber terminado. El precio había sido alto; años de sacrificios, miseria y muerte asolaron toda la región. Sin embargo, las campanas de la victoria, luego de aquel combate librado en las cimas de las montañas, borraron los malos recuerdos y el aire dulce de la libertad, tan duramente ganada, empezaba a cerrar las heridas.

Durante el trayecto, con el pelo negro agitado por el viento y los ojos oscuros desafiando el agreste paisaje de senderos colgados sobre abismos, montes erizados de espinas y la imponente de las altas cumbres recortándose contra un cielo de cristal, Manuela no había conseguido apartar la evocación de cuando algunos años atrás hiciera ese mismo viaje, pero al revés, con rumbo a Guayaquil, vigilada por los monjes, luego de haber sido expulsada del Convento de Santa Catalina a causa de sus escandalosas escapadas con un oficial de la Guardia Real.

Sonrió; había conocido a Fausto d'Elhuyar una tarde en que estaba asomada a una de las ventanas del convento, aburrída de las conversaciones de las compañeras, que giraban sobre aventuras vividas o imaginadas, con hombres reales, empecinados merodeadores de los muros del convento en espera de la oportunidad o príncipes soñados, que saltaban esos muros para irrumpir en sus camas ardientes y calmar los desasosiegos de las madrugadas de la adolescencia. Como Manuela no era afectada a dejarse ganar por las fantasías y hasta el momento ninguno de los que marcaban huellas en las calles de tierra que circundaban el convento la atraía especialmente, pasaba sus ratos desocupados esperando que apareciera alguien que, aparte de ofrecerle aquella magia que sus diecisiete años necesitaban, le diera una realidad de la que su naturaleza apasionada no podía seguir prescindiendo por mucho tiempo más.

Y Fausto había pasado aquella tarde bajo las ventanas de Santa Catalina, con su capa agitada por el viento, la cabeza descubierta y erguido sobre el caballo. De pronto, sus ojos se cruzaron; en la cara de él se abrió la sonrisa amplia; en la de ella, los labios se curvaron sin desplegarse. Y por esa vez fue suficiente. La promesa quedó latiendo en el aire.

Los comentarios que Manuela escuchó de él cada vez que fue el tema de conversación, no tuvieron variantes. Fausto era el terror de las madres cuando aparecía en los salones, porque las miradas soñadoras de todas las muchachas

empezaban a pasearse por su cuerpo esbelto, al que se ajustaba con elegancia el uniforme de la Guardia Real, blanco y adornado con galones dorados; por su pelo castaño y sus ojos grises que, a su vez, también recorrían el salón, mirando a unas y a otras, tomando en cuenta o desechando. Su fama de seductor sin límites, había alertado asimismo a los maridos, que lo miraban con recelo.

Pero nada de lo que se rumoreaba de él interrumpió las salidas de Manuela a la ventana, cuando la tarde empezaba a caer y Fausto, algo harto de los remilgos de algunas niñas, la persecución insistente de ciertas señoras y la desconfianza de madres y esposos, concurría puntualmente a aquella cita de sonrisas y miradas, sintiendo ambos que el cumplimiento de la promesa estaba cada vez más cercano.

-¿Ya te estás preparando para tu cita?- preguntaba maliciosamente alguna compañera, viéndola cepillarse el pelo ante el espejo cuando el sol empezaba a declinar.

-Sí ¿por qué?- respondía ella, desafiante.

-Por nada- contestaba la otra, como disculpándose, conocedora del genio de la Sáenz, -¿Acaso no vale la pena el mozo? ¿Lo has mirado bien?- conciliaba enseguida Manuela, sabiendo que no podía darse el lujo de ganarse enemigas.

-Es guapo el oficialito, pero debes tener mucho cuidado. Te lo digo por tu bien...

-¿Cuidado de qué?- preguntaba ella, haciéndose la distraída, mientras volvía a mirarse en el espejo.

-De que no te descubra alguna de las hermanas y le vaya con el cuento a la abadesa... Invariablemente, Manuela se encogía de hombros, restándole importancia al consejo y también desoyendo el resto de la advertencia:

...y de lo que se murmura por ahí de él...

-Ya sé todo eso, no te preocupes. Por lo de aquí, confío en que mis compañeras no me descubran y en lo que hace a las habladurías de afuera, pues... bueno... de lo que se dice en contra, creo que la que mueve las lenguas es la envidia y con respecto a lo que se dice a favor, yo quiero comprobarlo.- terminaba asegurando, con un guiño de picardía, mientras interiormente se preguntaba cuánto más se alargaría aquella situación, que ya comenzaba a impacientarla.

Y una tarde sucedió. La respiración de Manuela fue casi un jadeo y a Fausto la sangre se le encendió en las venas. Un papel donde él escribió: "volveré en dos horas a buscarte", deslizado a la mano de ella alargada, abrió el camino al ansiado encuentro. Con el pecho agitado, Manuela abandonó silenciosamente el convento cuando la noche apenas se alzaba sobre los muros. De inmediato, vio al oficial desprenderse de entre las sombras y en un momento más, la mano de él, firme y cálida, aferró la suya. Muy rápido, Fausto la condujo hasta donde había dejado su caballo y la ayudó a subir, montando él enseguida. El primer contacto de los cuerpos -ella asintió el latido del corazón del hombre al rodearlo con sus brazos y apoyarle las palmas sobre el pecho y él percibió cómo la cara de ella se apretaba a su espalda- los hizo vibrar, pero ninguno de los dos habló.

Anduvieron un corto trecho y al llegar junto a unos árboles, Fausto se detuvo, la ayudó a bajar del caballo y lo ató a uno de los troncos. Enseguida se volvieron el uno hacia el otro y tomados del talle caminaron callados rumbo al monte. La excitación les interrumpía el aliento. A pesar de su larga experiencia con las mujeres, él se sentía extrañamente conmovido por aquella que iba a su lado. Su piel, tan blanca, su pelo y sus ojos tan oscuros, confundidos con las sombras, lo perturbaban al punto

de no saber qué decirle y su mirada iba, brillante, desde el escote redondo de la blusa blanca, hasta la boca gruesa, húmeda y entreabierta. Ella, por su parte, se balanceaba al borde de un abismo que la atraía sin remedio. Estaba consciente de que todo cuanto deseara e imaginara en sus desvelos, estaba a punto de cumplirse, finalmente y mientras respondía con su mano a la presión de la otra mano, acariciaba desde lo hondo de sus ojos todo el contorno del hombre que caminaba a su costado. Y hubo un momento preciso en que los dos supieron que se habían alejado lo suficiente del peligro y que eso significaba que ya no había necesidad de esperar. Las expertas manos de Fausto dibujaron su cuerpo, cuya desnudez muy pronto iluminó la luna y las de Manuela se soltaron rápidamente, aprendiendo sobre la marcha lo que era necesario saber. Los brazos estrujaron, los labios recorrieron; sus pechos se agitaron en gemidos y jadeos, hasta que él apretó los dientes y ella gritó en la embestida final. Después, Manuela sintió en su espalda el fresco del pasto y sus ojos se abrieron a un cielo limpio y estrellado. Al volver a su costado, sonrió mirando el perfil de Fausto tendido junto a ella.

❖

“Manuela de mi corazón: eres una mujer maravillosa y ardo en deseos de volver a estar junto a ti lo antes posible. ¿Podremos vernos mañana a la misma hora de ayer? Envíame tu respuesta con la misma persona que te lleva esta esquila. Te adoro.”

❖

“Yo también me muero por volver a estar contigo, Fausto. Te espero mañana, ansiosamente...”

❖

Los encuentros amorosos se repetirían cada vez que los descuidos hacían posible la salida. Y en cada uno de ellos, los amantes parecían descubrir otras alturas de la pasión y un nuevo motivo de goce. Cuando había un poco más de tiempo y quedaba espacio entre un incendio y otro, Fausto le contaba de su patria, de los padres, de la guerra en América y de un hermano suyo medio loco que había abandonado las filas de la Corona para irse a pelear junto a aquel general Bolívar, con quien pronto terminarían las fuerzas realistas, ya lo verás. Ella lo escuchaba en silencio porque prefería no hablar de su infancia triste ni de sus padres; sólo había mencionado a su medio hermano José María, también enredado con los rebeldes.

Pero fatalmente, aquellas deliciosas escapadas nocturnas iban a terminarse. Nunca supo quién -aunque no era difícil imaginar a alguna compañera envidiosa o a cierta monja espiándola- le calentó la oreja a la abadesa, la que, en conocimiento de todo, horrorizada y furiosa, la llamó a su presencia.

Fue una escena terrible, porque la acorraló con acusaciones de las que no tuvo cómo defenderse y ni siquiera fue atendida en sus ruegos para evitar que el episodio llegara a conocimiento de su padre. Por fin, mordiéndose los labios para no dejar escapar las palabras con que la rebeldía le alborotaba la lengua, escuchó a la abadesa sentenciándola:

-Te alojaremos en una celda de castigo hasta que se decida tu suerte. Pero desde ya puedes ir haciéndote a la idea que no te quedarás aquí.

A Fausto no volvió a verlo porque su general, también enterado de la aventura y ya harto de escuchar las andanzas del mozo, lo envió por un tiempo a un destacamento

fronterizo. No se les permitió siquiera despedirse y ni las cartas que uno escribió al otro llegaron a destino.



"Pensaré en ti todos los días, Manuelita y quizás pasando el tiempo, el destino permita que volvamos a encontrarnos.



Fausto: Me obligan a irme a la casa de mi padre, en Panamá. Nunca te olvidaré."

Recordando sus lágrimas de impotencia de aquellos días de encierro y penitencia, sonrió. El oficial y la experiencia vivida -y disfrutada- en sus brazos, bien valieron el dolor y los rigores religiosos a los que fuera sometida y que terminaron con aquel destierro, cuyo destino final fue Panamá, donde la esperó don Simón Sáenz con nuevas penitencias y repetidos sermones.

Frente a los discursos del padre y a su índice amenazador, Manuela se esforzaba para que en su cara no se viera el reflejo de la ironía que aquellas filípicas le provocaban. Porque, al parecer, ese señor que tan duramente la juzgaba, había olvidado sus deslices de seductor que dieciséis años atrás lo llevaran a tejer, cuidadosamente, una apretada red en torno a Joaquina Aispuru, apenas una adolescente, de fino talle, pelo negrísimo y enormes ojos asombrados, que no pudo resistir el asedio de aquel hombre en cuyas sienes ya empezaban a aparecer las primeras canas.

Fue un amor intenso y vehemente, que los hizo saltar todas las barreras, porque Simón era casado y tenía hijos y Joaquina pertenecía a una buena familia que aspiraba verla haciendo una provechosa alianza con uno de los tantos jóvenes que la rondaban. El romance era, además, excitante, porque los dos se entendían con las miradas en las misas de la catedral, en medio de las reuniones que se celebraban en las señoriales casas quiteñas y frente a los ojos de la esposa, padres y hermanos, a escondidas de los cuales, ambos tuvieron asimismo un primer encuentro, en un recodo del Paseo del Parque, con la imprescindible complicidad de Nicanora, la esclava que acompañaba siempre a Joaquina y que adoraba a su amita.



"Joaquina, ya no resisto el deseo de encontrarme a solas contigo. Para mi amor no bastan los encuentros en el parque. Dime que pronto podré abrazarte y besarte hasta saciar esta sed que me consume. Tenerte en mis brazos es la única esperanza que alienta mi vida. Envíame pronto noticias tuyas, por favor."



Fue la negra también, la que empezó a franquear la puerta al ardoroso galán en las madrugadas y la única que partió junto a la muchacha cuando -por imperio de las circunstancias- todo se descubrió y la familia escandalizada, confinó a Joaquina en una casa que poseían en las afueras, donde permaneció hasta el nacimiento de Manuela, ocurrido la madrugada del gran temblor, en aquel mes de diciembre de 1797.

La niña fue bautizada dos días después, en la noche de Santo Tomás, cuando los ecos del terremoto aún no se habían apagado y en el segundo día de una vida que no iba a permitir calma ni sosiego en la lengua de los demás, empezando por la de

los propios parientes, que se apuraron en meterla pupila en Santa Catalina ni bien el último suspiro se llevó el aliento de su madre.

Joaquina había tenido un parto difícil, en el que fue mal atendida por un hombre que se decía médico, aunque nadie estaba seguro de que lo fuera realmente. La familia recurrió a él para no agrandar el escándalo y con un espléndido pago por sus servicios compraron también la promesa de guardar el secreto. Pero por algún lado se coló la noticia del desliz y sus consecuencias y nada pudo evitar que en toda la ciudad se hablara del asunto, casi tanto como del cimbronazo de la tierra.



"Querido Simón: hace días que no sé de ti. Y me muero esperando que me hagas llegar aunque sea dos líneas diciéndome que estás bien y sigues amándome. Como te lo dije en mi anterior, nuestra hija es hermosa y se te parece. Te lo ruego, no me condenes con tu silencio."



Con su salud quebrantada, sin ningún apoyo afectivo y cargando la pena de haber perdido a Simón -que fue casi obligado por su familia a abandonar Quito- sin haber podido ni siquiera despedirse de él, Joaquina comenzó a languidecer, recluida en la última habitación de la casa, donde fue a parar, empujada por la hostilidad de sus parientes.

Nicanora le llevaba la comida que a veces ni probaba y también estaba a cargo de criar a Manuelita. Solía acercársela por las tardes, pero parecía que ver a su hija aumentaba el desánimo de Joaquina, porque no dejaba de llorar, mientras la apretaba contra el pecho y finalmente la devolvía a los brazos de la esclava, siempre con el mismo lamento:

-Pobrecita ¿qué va a ser de ella cuando yo no esté?

Murió una noche, asistida por la servidora y sin que la familia se presentara en la casa a pesar del mensaje que la negra les había mandado esa mañana, cuando le notó la respiración más menguada aún y el color grisáceo de la piel. Aparecieron recién al día siguiente para hacerse cargo del entierro. Esa misma tarde se llevaron a la niña y cerraron la casa.

Manuela se enteraría de todo eso con el tiempo, a través de Nicanora, que fue la única en ir a verla al internado, hasta que murió cuando ella tenía diez años. Muchas veces, en horas solitarias, repasaba en su memoria todo lo que la esclava le había contado y la pena que sentía por su madre, era tan grande como el rencor que guardaba a su familia.

El período que pasó entre esos muros, sometida a la dura disciplina de las monjas, que conociendo su carácter la vigilaban siempre de cerca, no hicieron más que avivar los fuegos de su alma. Cumplía los castigos -horas de rodillas sumergida en la monotonía de las oraciones, fregar descalza los corredores, pelar cestos y cestos de papas- apoyándose en lo único que le servía de consuelo: esto terminará alguna vez y entonces...

No queriendo soportar más la opresión de los malos recuerdos, sacudió la cabeza y levantó los ojos hacia el lejano vuelo de los cóndores. Todo eso era pasado ya; la inseguridad de ser una hija ilegítima, la pena de saberse un motivo de vergüenza y la impotencia de no poder callar los comentarios que siempre despertaron sus pasos. Eso la había convertido en una muchacha rebelde y desafiante, audaz y agresiva, que acostumbrada a oír su nombre saliendo de una boca para caer en otra, se habituó

a no escuchar opiniones ajenas, permitiendo la guía de sus propios deseos y de los impulsos que le daba un corazón amante de la libertad.

Cuando volvió a bajar la mirada, vio las rocas que amurallaban Quito y adelantó las imágenes inolvidables de la bella ciudad colonial; sus plazas con las fuentes de piedra, donde llegaban las indias cargando sus cántaros para llevar el agua a la casa de los patrones y los indios, acarreado a los animales para darles de beber; frente a ella, la catedral y a su lado, la casa del obispo y más allá, el cabildo. Las cúpulas de las iglesias más hermosas de América, se recortaban en el cielo, emergiendo por encima de los tejados desiguales. Pero ya no era necesaria la evocación, porque los primeros suburbios, alargados hasta la falda de las montañas, habían empezado a aparecer ante sus ojos, descubriéndole los perfiles conocidos.

Mientras los soldados que se apostaban a la entrada de la ciudad miraban ansiosos sus papeles, ella anticipaba lo que sucedería de ahí en más: la noticia de la vuelta correría delante del paso de su caballo y cuando llegara a destino -la casa de los Larrea donde se la esperaba- ya todos sabrían que Manuela Sáenz estaba de regreso y los más viejos rebuscarían en su memoria los episodios del pasado, para refrescarlo en la memoria de los más jóvenes. Emergerían los hechos que sucedieron y también los inventados y de nuevo su historia y la de su madre saldrían de una boca para caer en otra.

Cuando el soldado le devolvió sus credenciales, sacudió la cabeza al tiempo que espoleaba el caballo. ¡Adelante! Se dijo, alzando la barbilla con un gesto de soberbia. Habían pasado muchas cosas desde entonces y ya nada de todo aquello importaba demasiado.

Los gritos de la calle devolvieron a Manuela al balcón quiteño; se había perdido brevemente en sus recuerdos próximos, que abrieron una huella a otros más lejanos, como una forma de acortar la espera del gran momento, que compartía con todo el pueblo agolpado en las calles. La algarabía de la gente estaba sacudiendo de punta a punta la ciudad, adornada con los colores de la república. El rojo, el oro y el azul, se veían en los balcones, tejados y sombreros, en ventanas y en pechos. Hombres, mujeres y niños caminaban debajo de arcos de palmeras tropicales y los instrumentos de viento agitaban el aire sofocante, enrarecido, además, por el olor de las tortas y los pasteles fritos y el vino y la chicha, distribuidos generosamente, hacían lo suyo para que la alegría fuera creciendo más y más a cada momento.

De pronto, pareció como si algo detuviera por un instante los colores y los sonidos de la escena, que volvieron a explotar al minuto siguiente. El corazón de Manuela aceleró los latidos cuando todas las voces se unieron en un grito que estremeció el aire:

-¡Viva el Libertador!

Y sus ojos, como todos los ojos, se volvieron hacia el mismo lado. Bajo los pétalos de rosa que arrojaban niños vestidos de ángeles, Simón Bolívar, presidente de la Gran Colombia, subía por la calle principal de Quito.



TERCERA PARTE

Miraba desde su ventana las calles polvorientas de La Magdalena, subiendo en barranca hasta perderse donde comenzaba la sierra. El sol, todavía alto, se tragaba los tejados de las casas y casi consumía las rejas de los balcones. Un poco por costumbre, miró con atención el camino, por si acaso. Pero estaba desierto. La gente estiraba la siesta esa tarde y el silencio y la soledad le tendieron el cerco acostumbrado a su garganta. Intentó librarse de él respirando profundamente y apelando a su cerebro.

El primer pensamiento que acudió a socorrerla, fue el que le señalaba que debería sentirse tranquila, dado que, gracias a los buenos oficios del coronel José Santana, principal amanuense de Bolívar -cuya amistad no le había resultado difícil de conseguir- mantenía una fluida correspondencia con Simón. Él le hablaba de amor y de triunfos y ella de cuánto lo extrañaba, sobre todo cuando empezaban a caer sobre La Magdalena aquellos anocheceres perfumados que inquietaban su cuerpo y su alma. También lo ponía al tanto de las novedades de Lima, desde donde le llegaban por distintos medios, continuas informaciones que sus esclavas -especialmente la escandalosa Jonotás, que se sintió feliz cuando volvió a estar a su lado- se encargaban de engrosar con las versiones que circulaban por La Magdalena. La escasa distancia que separaba la aldea de la capital, se acortaba aún más en la habilidad demostrada por Manuela en lo referido a anudar hilos sueltos, completar frases dichas a medias y poner en claro los comentarios más ambiguos.



“Confío en tu inteligencia y en tu astucia para saber a través de las noticias que me envíes, qué pasa en Lima durante mi ausencia. Y en tu lealtad para que cuides mi espalda mientras yo estoy lejos. Siempre me inquieta la sensación de que sigo siendo un extraño para los peruanos, que no terminan de creer en mí.”



“Querido mío, la maledicencia sigue sin darme tregua. Los aristócratas de Lima no soportan que alguien con mi origen tenga tanto poder en su país. Yo trato de contener mi genio, pero a veces se me escapa, sobre todo cuando me entero de lo que algunas damas dicen de mi conducta “escandalosa”. Ayer, por ejemplo, no pude callarme con Josefa, la mujer del Marqués de Torre Tagle, una hipócrita que me acusa de hacer libremente lo que ella se guarda muy bien en esconder.”



Pero un hormigueo inexplicable de inquietud agitaba su alma en aquellos días, al punto que desde hacía un largo rato permanecía sentada junto a la ventana, casi con la certeza de que algo malo iba a ocurrir. Comparando esa angustia creciente, con la que sintiera en los últimos meses por diversas causas, se dio cuenta de que se la producía un presentimiento diferente a cuantos la habían acometido desde que su destino se cruzara con el de Simón Bolívar en Quito.

Recordaba, para empezar, la zozobra que la enloqueciera a partir del momento en que él partió hacia a Guayaquil y que iría en aumento con el transcurso de las semanas, porque su alargado silencio parecía demostrar que el ardoroso amante había olvidado las horas compartidas en la vorágine de los acontecimientos políticos. Ella se sentía impotente en esa incómoda situación en la que estaba colocada, porque no contaba entonces con ningún aliado a quien pudiera entregarle una carta para el

general ni nadie de suficiente confianza por medio del que transmitirle siquiera un mensaje o que al menos, le informara su paradero cierto. Además y considerando la actitud de reserva y discreción que los Larrea habían adoptado con respecto a sus relaciones con Bolívar -y que incluía a las hijas, aun a pesar de ellas, como Manuela sospechaba- tampoco podía desahogar sus penas, hablando con alguien de la familia acerca de sus dudas y temores.

Cuando la desesperación le resultaba incontenible y temía no poder controlar ya sus lágrimas y sus accesos de furia, el inesperado retorno del amante a Quito -evidenciado de inmediato en la presencia de su criado en la puerta de los Larrea con la misión de llevarla enseguida al Escorial- la rescató del abismo de sus pesares.

Aunque la primera parte del reencuentro había sido tormentosa por los reproches de ella referidos al abandono y a la falta de noticias, pronto la pasión hizo que cediera en sus recriminaciones -que él había soportado sin contestar- para entregarse al reclamo de los ojos y los brazos del hombre, en el calor de cuyo cuerpo -dispuesta a las exigencias y a la vez exigiendo- recuperó el goce, dejando que el desenfreno en el que los dos ardían, borrara los resentimientos acumulados en la soledad.

-¡Eres un desalmado!- le dijo Manuela en un momento de sosiego, retomando los reproches iniciales. -¿Cómo pudiste dejarme tanto tiempo sin saber de ti? ¿Tanto te costaba enviarme una carta, un mensaje?

-¡Ay, Manuela! Tú no sabes lo que fue mi vida desde el momento en que me fui a Guayaquil. Más me hubiera valido quedarme aquí, disfrutando de la buena voluntad de los amigos, de tu cariño...- contestó Bolívar, simulando más pesar del que en realidad tenía, para terminar de calmar las furias de ella, que se quedó mirándolo en silencio esperando que le contara. Temeroso de otro ataque de furia, él, acentuando su tono quejoso, continuó:

-Todas las noticias que me llegaban desde el Perú eran malas, pobreza, necesidades, un gobierno incapaz de organizar la defensa contra los españoles, que están cada vez más cerca de Lima, soldados sin paga robando a los campesinos de la costa para poder subsistir...

-Por aquí se supo que tú habías enviado un contingente de soldados...- dijo Manuela.

-Es cierto, pero volvieron a los barcos tan pronto como les fue posible, por la forma en que fueron recibidos y tratados. Y los godos, Manuela, ahí, esperando para el asalto final.

-¿Qué va a pasar ahora?

--No puedo, ni quiero, engañarte, Manuelita. A los problemas del Perú se suma el aire de Colombia, que según me dicen, se está enrareciendo y, además, temo una sublevación aquí, en Ecuador, de modo que tal vez muy pronto deba movilizar mis tropas y, naturalmente, ponerme al mando.

La expresión de Manuela se ensombreció. Notándolo, Bolívar tendió los brazos hacia ella diciéndole:

-No te pongas triste, querida. Acércate, hoy tenemos la dicha de estar juntos y no debemos apurar al destino. Ven, ven...

Manuela se dejó envolver por los brazos de Bolívar, pero antes de hundir su boca en la de él, le dijo, casi rozándole los labios:

-Tienes que prometerme que pase lo que pase, me escribirás ¿de acuerdo?

❖

Durante esos días y cuando los arrebatos amorosos les daban sosiego, Manuela, como otra forma de seducción, se mostraba enfurruñada y celosa, queriendo saber

a cuántas mujeres había conquistado en Guayaquil, si eran solteras, casadas o viudas y si las que pudo llevarse a la cama lo amaron como ella y cómo las amó él, si más o si menos. En tales circunstancias y acorralado por las presiones, Bolívar tenía dos formas de desarmar a la amante sin confesar sus aventuras, que las había tenido, como siempre, porque era inevitable que las mujeres se sintieran atraídas por su fama y según su pensamiento, ningún caballero debía descuidar a una dama, mucho menos si era linda. Una de esas maneras consistía en recomenzar con sus besos y sus caricias, a los que fatalmente ella sucumbiría y la otra, hablarle acerca de sus planes, de las reuniones que había sostenido con políticos y militares y de la marcha de su campaña. La elección del método quedaba sujeta al nivel de su agotamiento, pero los dos daban buenos resultados. Si Manuela era una amante excepcional, también podía ser una excelente compañera para compartir sus sueños.

El desasosiego volvería pronto, con la nueva partida del Libertador para dominar sublevaciones en varios pueblos del interior del país. Tratando de escapar a él, Manuela -además de permanecer atenta a todo aquello que pudiera interesar al General a su regreso- decidió reiniciar sus peleas con los Aispuru por los asuntos de la herencia. Las reuniones con la familia, a las que concurría acompañada por su abogado -el doctor Martín de Almada, un buen amigo de don Juan Larrea, quien se había ocupado de las recomendaciones necesarias- comenzaban en un ambiente de cierta paz, dado que todos los concurrentes, tíos, tíos, primos y primas, directos y políticos, trataban de mostrar una serenidad que en el fondo no sentían, cosa que se comprobaba casi enseguida, cuando la atmósfera de la sala donde por lo común se encontraban -en la casa de su tía Remedios, hermana mayor de la madre- comenzaba a espesarse a causa de los comentarios e indirectas que eran inevitables cuando se tocaba el punto central del problema de los intereses, es decir, a cuánto ascendía el legado de Joaquina para su hija.

Al término de tales reuniones, que concluían entre insultos y amenazas, el doctor de Almada llevaba a Manuela en su carruaje hasta la casa de los Larrea y le recriminaba suavemente el descontrol en que cayera, contestando a gritos las provocaciones de la familia:

-No es así, hijita, como lograremos que esta gente entre en razones. No se olvide que tienen todo a su favor y que debemos manejarnos con prudencia para lograr un progreso en nuestras pretensiones.

Manuela pedía disculpas entonces:

-Tiene razón, doctor, perdóneme, pero no me puedo contener cuando escucho a esos hipócritas hablando de mi madre.

-Tienes que ser paciente, muchacha y tratar de que tu resentimiento hacia ellos no te ciegue ¿comprendes?

-Se lo prometo, doctor. Pero, dígame la verdad ¿no son detestables?

-¿Y qué pretendes? Estás tocándoles su fibra más sensible: el patrimonio, de modo que no podemos esperar consideración ni buenos modales. Pero de lo que quiero que te des cuenta es que cuanto más los ataques, más se demorarán las gestiones. Si hasta he pensado que quizás no es otra cosa lo que buscan y por eso te agujonean. No debes darles el gusto.

-Tiene razón. Son capaces de todo, pero le juro que la próxima vez sería distinto- aseguraba Manuela, aunque ambos dudaban de antemano que tales aseveraciones se cumplieran. Por más que ella hiciera un verdadero esfuerzo para lograr esos propósitos y él agotara los argumentos tratando de calmar los ánimos.

En el último encuentro Manuela había tenido un enojo suplementario, porque si bien desde el inicio de las reuniones no pudo dejar de advertir la forma en que su primo Javier la miraba, nunca pensó que el muchacho se atreviera a acariciar su mano y a decirle por lo bajo:

-Si aceptas una cita privada conmigo, me comprometo a interceder ante la familia para mejorar tu posición en la demanda. ¿Qué me contestas, primita?

-Eres un verdadero idiota y antes de tener una cita contigo me volvería a meter en el convento.

El tono de la negativa de Manuela, que pareció morder cada una de las palabras que salieron de su boca, no le dejó a Javier ningún espacio para la esperanza y lo único que pudo hacer fue lamentarse, cuando quedó a solas con su padre y comentar:

-Si la tía Joaquina era la mitad de lo linda que es ella, lo comprendo bien al viejo Sáenz... Arriesgaba mucho pero ¡qué premio el que se llevaba cada noche!

Si bien por un lado los enfrentamientos con los Aispuru -a quienes no se sentía ligada ni por el mínimo afecto, lo que era recíproco- la distraían bastante, por el otro, la paz continuaba siendo esquiva para su espíritu. El fantasma de su madre la rondaba con frecuencia y no sólo durante o después de los tormentosos enfrentamientos con la familia o cuando firmaba los escritos que el abogado le presentaba, sino también cuando paseaba por las calles, sola o con sus amigas, ignorando las miradas maliciosas y cerrando sus oídos a los comentarios secreteados a su espalda. Entendía cada vez más la soledad y el dolor en que Joaquina viviera desde su nacimiento, separada del hombre que amaba, aislada del mundo, alejada de su hija, sometida a todas las humillaciones posibles por aquellos que no podían comprender la fuerza avasallante de algunos amores, por la simple razón que eran incapaces de sentirlos. Dolida de los dolores de su madre desde chica, Manuela se juró que a ella no le sucedería lo mismo y aprendió bien pronto a cuidarse, hasta que un médico de Lima la despreocupó para siempre de la temida posibilidad de un embarazo no deseado, poniéndola al tanto de su esterilidad.

Pero también había otras cosas que harían que ella no soportara los mismos padecimientos que Joaquina y que tenían que ver directamente con su forma de ser. Altiva, desafiante y orgullosa como era, Manuela sabía muy bien como levantar -donde quiera que iba- una fuerte muralla en la que la maledicencia se estrellaba sin remedio.



"En Yucanquer, el general Sucre y sus lanceros han terminado muy rápido con la sublevación, al punto de no haber sido necesaria la intervención de mis infantes. Te escribo desde este caserío de montaña, lúgubre y desolado. A esta choza helada le haría falta tu calor, Manuelita, querida compañera... Ansío volver pronto a tu lado."



"Aprecio que hayas recordado tu promesa de escribirme, Simón, pero me cuesta perdonar tu partida sin aviso. Quito es demasiado triste sin ti, creo que mucho más que esa fría choza de barro desde la que me escribes. Celebro la victoria y estoy muy ilusionada con que podamos recibir juntos el nuevo año, aquí, en Quito. Tuya."



El nuevo regreso de Bolívar a Quito, sorpresivo como el anterior, produjo asimismo idéntica reacción de Manuela, ya que la llegada de él, mientras desde los campanarios de toda la ciudad se daba la bienvenida al año 1823, fue precedida de variados

rumores acerca de algunas visitas femeninas que el general habría recibido durante su estada en Yucanquer.

-¿Así que te aburrías? ¿Así que tenías frío? ¿Acaso esas señoras que estuviste recibiendo, según me han contado, no fueron capaces de entretenerte, de darte un poco de calor?

-Pero, Manuela... -Bolívar intentó su defensa- ¿De qué señoras me hablas?

-No te hagas el tonto ni agregues más mentiras a tus engaños del pasado. ¿No te avergüenza ser tan cruel con quien te ama?

-Tú no puedes prestar oído a todas las cosas que se dicen por ahí, por favor... ¿O acaso tú misma no me has confesado el hastío que te producen las habladurías que siempre rodean tu nombre?

En parte porque tuvo que darle la razón en eso de las lenguas largas y el resto porque el deseo que ya había calentado su sangre, avivado por el que veía en los ojos de él, Manuela bajó por fin la guardia. Y también es esa ocasión, sus desbordes de ira que él había soportado tan estoicamente como en el primer regreso, sin contestar agravios ni dar explicaciones, terminarían sucumbiendo a la dulzura de las palabras de amor y al incentivo de la encendida pasión de Bolívar, que reavivaba rápidamente la suya, siempre latente. A medida que las expertas y rápidas manos de Simón iban despojándola del vestido, de las enaguas, del corpiño -cuyo trenzado era un obstáculo para la ansiedad- y del calzón, terminado en pequeños volados de puntillas, Manuela sentía cómo, junto con su ropa caían la angustia, los pesares, el despecho y los malos pensamientos. Y así, cuando al fin quedaba desnuda frente a él, lo único que la agitaba era la excitación. Un temblor la sacudía entera y en ocasiones, hasta le impedía ayudarlo a librarse de su propia ropa, que de todos modos era muy poca, porque Bolívar, sabiendo de antemano lo que sucedería, la esperaba sólo vestido con un pantalón y una camisa, que rápidamente volaban a la silla más próxima o directamente al suelo.

Muchas veces Manuela se preguntaba las razones de aquel milagro que hacía que las manos y los labios de un hombre -de ese hombre en especial- fueran capaces, a medida que iban recorriendo su cuerpo, de cerrar las heridas de un pasado y de llenar de luces un presente que sin él, sería un paisaje de sombras. Y que su sexo dentro de ella, eliminara un vacío que iba más allá de la carne, quizás hasta el centro mismo de su ser. También Bolívar había comenzado a hacerse preguntas al quedarse solo, cuando ella se iba junto con el último jirón de la madrugada. Le inquietaba comprender que, al mismo tiempo en que era consciente de que el goce que ella proporcionaba a sus sentidos era incomparable respecto de todas las mujeres que había conocido antes -e incluso de las que frecuentara en los últimos tiempos, en los paréntesis de sus campañas y buscando secretamente olvidarse de ella- Manuela no era alguien a quien pudiera tomar o dejar a su antojo. Y que había algo de fatal en aquella quiteña, más hondo que su belleza y su apasionamiento. Algo inexplicable a la razón y que sólo encontraba respuesta cuando la tenía entre sus brazos, cuando hundía su boca en la de ella, cuando se tendía sobre su cuerpo para poseerla.



"Ven a mi lado ya, Manuela, no puedo esperar a la noche para verte, ven enseguida, por favor."



"James, no soy una mujer a la que asusten las amenazas. No harás con ellas y con tus insultos, que regrese a Lima, cuando no deseo hacerlo. Puedes pensar lo que quieras y tomar las medidas que mejor te parezcan."



Decidida a no sufrir más a causa de los alejamientos, cuando el Libertador comenzó a preparar la no deseada aunque necesaria campaña al Perú, Manuela inició una lenta pero pertinaz tarea en procura de convencerlo de que en esa oportunidad debía llevarla consigo. Y cuando ya estaba decidida la fecha de la partida, llevó el ataque a fondo:

-Cuando tú te vas mi situación aquí se pone muy difícil, Simón. Por favor, quiero ir contigo al Perú.

-Ya veremos, Manuela... ya veremos- respondió él, todavía dubitativo.

Ella, aprovechando el resquicio que le dejaba la duda, insistió:

-Dime ¿acaso, además de cuidarte y preocuparme por ti, de rodearte de amor, no he sido una buena asistente, seleccionando la gente a quien debías ver y a la que no?

-Eso es cierto, querida, si a alguien le debo el haberme recuperado de las fatigas de la última campaña, es a ti, a tu dedicación y a tus consejos. Además, eres una confidente discreta, una consejera invalorable y un ama eficaz. ¿Quién hubiera podido manejar a los sirvientes y ocuparse de los asuntos domésticos con tanta energía como tú?

-Si hasta tus hombres más allegados opinan que soy la mujer ideal para ti- dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Aspirando más allá de su perfume, el olor inconfundible de esa piel que tanto lo excitaba, Bolívar contestó, mientras con sus labios le rozaba la superficie lisa y suave del cuello:

-Y eso que ellos no saben el resto... eso que sólo yo conozco a partir del momento en que cerramos la puerta de este cuarto.

Halagada y ya sintiendo las cosquillas que el contacto con él le producía, pero sin perder de vista su objetivo, Manuela volvió al ataque:

-No quiero que volvamos a separarnos. Odio pensar en quedarme aquí, mientras tú te dedicas a la guerra y a las aventuras.

Subiendo sus labios hasta la oreja de ella, Bolívar rogó:

-Manuela, por Dios, no volvamos a tocar esos temas.

-Está bien, pero debes prometerme que...-

-Sí, sí... está bien, te aseguro que lo pensaré- finalizó Simón, ya comenzando a desprenderle los botones del vestido.



Esa respuesta y los juramentos arrancados entre besos y gemidos de placer, le habían dado esperanzas, por eso, sintió que un nuevo terremoto abría la tierra ecuatoriana bajo sus pies cuando una mañana al despertar, se enteró de que Bolívar se había puesto en camino hacia Guayaquil con el propósito de embarcarse para Lima. Finalmente, el Libertador había dado con el motivo que necesitaba para ponerse en movimiento. Una comisión de peruanos llevándole el pedido de auxilio del gobierno de Lima, asegurando la inminencia del ataque español a la capital y la pregunta de si la República de Colombia estaba dispuesta, a través de él, a salvar la independencia lograda, fueron el empujón que Bolívar necesitaba.



“Mi deber es salvar a ese país de los tiranos, Manuelita. Tendré conmigo lanceros venezolanos, granaderos de Colombia, el Regimiento de Fusileros de la Legión Británica y a todos los americanos que quieran jugarse por esta gran causa de nuestro continente. Quédate tranquila y espera mis noticias. Sabré cuidarme.. Recuerda que te amo y que eres la mejor compañera que he tenido.”



Manuela, apretando la carta contra su pecho y mordiéndose los labios, se dio cuenta de que además del pedido de auxilio del gobierno del Perú, quien también había contribuido a que Bolívar apresurara su decisión, había sido aquel hombre elegantemente vestido y luciendo reloj de oro y anillo de diamantes, que se presentara un tiempo atrás al Escorial pidiendo verlo y al que ella misma llevó a su presencia.

Bernardo de Monteagudo era un abogado y político argentino que había estado junto al general San Martín, como auditor de guerra durante toda su campaña libertadora y al que Bolívar veía como a un ideólogo de la revolución americana. Nunca dio importancia a los rumores que habían circulado en Lima, acerca que sus manejos en la política limeña, primero como ministro de Guerra y Marina y luego como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, hubieran provocado el fracaso de San Martín. Cuando el Protector abandonó la Ciudad de los Virreyes, los peruanos aprovecharon para mandar al destierro a Monteagudo en un carguero que se dirigía a Panamá. Castigaban así a quien la ocupación había transformado en un hombre poderoso que, aseguraban, enceguecido por la obsesión de ver cristalizados sus ideales, no reparó en ejecutar a quienes se le opusieran fueran españoles o americanos ni en confiscar bienes ni en desterrar a ciudadanos de respeto. Manuela sabía que el odio que Monteagudo sentía por los españoles era similar al que los peruanos abrigaban hacia él y muchas veces había intentado que Bolívar comprendiera que el argentino resultaba una compañía indeseable para sus proyectos:

-Tú no eres un improvisado en la política, Simón y sabes de sobra que no debes hacer tu aliado a un hombre que no puede volver a pisar el Perú sin riesgo de su vida.

Bolívar la había escuchado atentamente, como siempre que ella le daba sus opiniones, pero esa la había rebatido con un único argumento:

-Mira, aún aceptando lo que se dice de él, que no me consta y que además, proviene de opiniones interesadas, te digo que sus formas pueden no ser las mejores, Manuela, pero este hombre es uno de los pocos que tiene una visión lo suficientemente lúcida de lo que debe ser el futuro de América. Es decir, un solo continente, tal como lo pienso yo. Te aseguro que me impresionó la lectura de sus “Memorias” que escribió en Quito para defenderse.

-Veo que te tiene hechizado.

-Lo admito y por lo que conoces, sabes que no soy de entregar fácilmente mi admiración. Este es un caso excepcional, por tratarse de un hombre resuelto y enérgico, que expresa como nadie sus ideas y al que considero un verdadero americano.

Y ahora, allá iba Simón a embarcarse en el Chimborazo junto a Bernardo de Monteagudo. Abandonándola otra vez. Reaccionando rápidamente, secó sus lágrimas y comprendiendo que –más allá de todas las razones políticas- la súbita partida era también una huida de ella rumbo a lo que Bolívar suponía su liberación de ese yugo tan temido que la amante representaba, escribió una carta en la que bajo frases

amorosos y apasionadas, más que una tristeza por el alejamiento, se notaba la firme decisión de un pronto reencuentro.

El sobre, llevado por un mensajero a lomo de mula, llegó a manos del Libertador en el momento en que la fragata que lo llevaría al Perú estaba a punto de zarpar. Bolívar sonrió al ver la letra, reconocida de inmediato y guardó la carta en el bolsillo interior de su chaqueta. Más tarde la leería. En aquel instante, todos sus pensamientos estaban comprometidos con el sitio al que se dirigiría ni bien la embarcación partiera. Miró hacia el sur, donde las nubes de agosto parecían enturbiar el horizonte. Y eso lo sintió a su pesar, como un mal presentimiento. Acudió a su fortaleza acostumbrada, afirmándose en la inquebrantable voluntad que lo había llevado hasta donde estaba ahora: al frente de las fuerzas de liberación americana, pero su buen sentido no podía ocultarle las dificultades que lo esperaban. Un país exteriormente acosado e internamente dividido. Los realistas estaban al acecho de las fronteras hacia afuera y de las fronteras para adentro, los peruanos peleaban entre sí, respondiendo a distintos intereses. En Lima, el Marqués de Torre Tagle quería imponer la fuerza de un Congreso que ya no funcionaba y en la ciudad amurallada de Trujillo, José de la Riva Agüero, se sentía aún presidente y preparaba en ese exilio un regreso que le devolviera lo que le habían sacado injustamente, según su convencimiento.

Meneando levemente la cabeza, disgustado ante la evidencia de las pequeñas ambiciones estorbando el paso de los grandes logros, Bolívar desvió entonces sus pensamientos a Antonio José de Sucre, aguardándolo con cinco mil soldados que pondría bajo su mando. Apoyado en esa fuerza, él se convertiría en el necesario dictador que cargara la responsabilidad de poner todo en orden y terminar definitivamente con las pretensiones de los españoles.

Un impulso instintivo lo hizo llevarse una mano al pecho; tuvo la tentación de leer la carta de Manuela, pero no lo hizo. Ya estaba dominado por los conflictos que lo empujaban hacia el Perú y no le quedaba lugar para nada que lo distrajera. En algún momento iba a leerla y seguramente pronto se olvidaría de su contenido. Al menos, ese iba a ser su propósito. Con respecto a Manuela, pensó, no hay de qué preocuparse. La bella señora ya empezaba a convertirse en algo del pasado y aunque por muchas razones lo lamentaba y hasta se sentía dolorido, por otras, consideraba que todo estaba mejor así. En su deseo por alcanzar el gran ideal, que traería aparejada la gloria, no había lugar para mujer alguna. Ni aunque la mujer fuera un ser tan especial como Manuela Sáenz. Alguien con quien poder compartir los placeres del amor y los delirios de los planes. Se preguntó qué haría ella cuando comprobara que la relación entre ambos estaba definitivamente concluida.

-Bueno, tiene marido-, razonó. -Es lógico que en algún momento regrese a su lado y si él no es un necio, terminará perdonándola.

La visión del señor Thorne, sin embargo, le acercó una inquietud, porque el inglés residía en Lima, es decir, precisamente en el sitio al que él se dirigía ahora. Claro que, se tranquilizó, mientras Manuela se diera cuenta de que el romance había terminado y a su vez llegara a un acuerdo con los Aispuru por sus intereses ¿quién podría decir en qué sitio de América se hallaría él entonces? ¿En qué posición? ¿En qué condiciones? No consiguió reprimir una sonrisa triste, imaginando los estados de ánimo por los que ella iba a atravesar. La conocía ya lo bastante como para que no le costara demasiado trabajo verla tan pronto arrojando almohadones al suelo, como llorando desconsoladamente sobre ellos. Sintió de qué manera la sola evocación del

llanto de Manuela y aún su furia, lo conmovían. Casi hubiera jurado que por un instante percibió el olor de aquella piel encendida rondándolo. Luego y ya cuando el Chimborazo empezaba a moverse con proa al Perú, se dirigió al puente a reunirse con Monteagudo y algunos de sus oficiales, diciéndose:

-Reaccione como reaccione, la decisión está tomada y nuestra encantadora Manuelita terminará resignándose... ¿en brazos de otro hombre, quizás?



"Quedo desolada con tu partida y siento, como cada vez que te alejas, que mi existencia no tiene sentido. Te amo como no he amado a nadie y la única luz que iluminará mis días a partir de hoy, es la esperanza de volver a verte. Cuídate mucho, cuida tu vida, que es lo más importante para mí."



Sin embargo, no habría de pasar mucho tiempo sin que Bolívar se diera cuenta de la magnitud del error en que había caído al creer en la resignación y el olvido de Manuela.

Él llegó a una Lima devastada por los realistas que la habían atacado ferozmente, procediendo luego al saqueo y a la ejecución de algunos defensores, mientras el resto se refugiaba en la fortaleza de el Callao. Entró aclamado por una multitud que lo recibió como a un salvador. Recorriendo después las calles de la capital, Bolívar recordó apenado, las veces que Manuela le hablara de aquella espléndida ciudad, de sus palacios, sus iglesias y sus paseos. Lo que él tenía adelante ahora, eran las ruinas y los desperdicios del esplendor.

-¡Qué tributos enormes se cobran las guerras!- pensó con tristeza.

Convertido en dictador militar del Perú, muy pronto, Bolívar se vio envuelto en la anarquía que reinaba en el país. Los comandantes de los cuatro ejércitos que convivían en Lima estaban convencidos de que su idea sobre cómo encarar la guerra contra los españoles era la más acertada e intentaban convencerlo de una verdad que variaba según fuese peruano, argentino, chileno o colombiano el jefe que la exponía. Contribuía a la confusión generalizada, la existencia de dos presidentes: el marqués José de Torre Tagle, amparado en un Congreso inexistente y José de la Riva Agüero, refugiado en Trujillo, al norte del país, ambos convencidos de la legitimidad de sus derechos y embarcados en la tarea de reconquistar el poder. Asombrado por lo irregular de la situación, Bolívar solía concluir sus reuniones con los oficiales más eminentes, golpeando con el puño cerrado su escritorio mientras exclamaba:

-¿Pero quién puede pensar en terminar con los españoles, en medio de semejante desorden? ¡La guerra contra el opresor es una cosa y las luchas civiles otra muy distinta!

Ya casi arrepentido de su decisión respecto a la campaña peruana y temiendo que la gloria que imaginaba esperándolo para coronar sus esfuerzos de tantos años comenzara a esfumarse en aquel infierno de incertidumbre, egoísmos y confabulaciones, consideró que debía pensar con calma en la estrategia que lo devolviera al camino señalado para la integración del continente. Y, sin dudas, ese palacio de los Virreyes donde estaba instalado, no era el sitio más propicio para meditar sobre una cuestión tan fundamental. Resultaba claro entonces, que debía alejarse de Lima para trabajar en paz, lejos de homenajes, agasajos y audiencias que lo dejaban sumido en el asco y el hastío, a la vista de tantas pequeñas ambiciones que impedían el logro del gran ideal. También tenía que tomar distancia de las citas

privadas. Estas últimas no había podido eludirlas, un poco porque, precedido de su fama, como de costumbre, las mujeres se acercaban a él sin ser llamadas y el resto porque, como sostenía cuando se hablaba del tema:

-Las limeñas, señores, son demasiado lindas para darles la espalda. Además, no es de un caballero desdeñar los encantos de una dama.

Y todo eso fue lo que dijo a sus oficiales cuando, vencido por las evidencias, les comunicó su partida de la capital con rumbo a La Magdalena, un pueblecito que se encontraba a escasos kilómetros al oeste de Lima, muy cerca del mar, poniendo distancia de esa manera de los compromisos no deseados y a los acosos inevitables. Y estaba una mañana en el palacio de verano que fuera habitado por los virreyes en su tiempo -una construcción sencilla pero confortable- que él tomara como vivienda y cuartel general, ocupado en sus cosas, mientras disfrutaba del silencio de la pequeña aldea y del perfume que emanaba de las flores del jardín, cuando al mirar distraídamente hacia el camino por la ventana de su despacho -en uno de los pocos paréntesis que se permitía- la vio aparecer.

Con la firmeza y el encanto que le eran tan propios, ella avanzaba por el medio de la plaza, su bella figura resplandeciendo entre higueras y palmas. Venía acompañada de sus esclavas -entre las que ya se encontraba Jonotás, que se le uniera a su paso por Lima- y un voluminoso equipaje. La sorpresa no lo dejó reaccionar y cuando ella se le plantó adelante, después de atravesar el jardín, subir la escalinata y dejar atrás el salón y un pasillo, le sonrió, más conmovido de lo que hubiera deseado y abrió los brazos mientras le decía:

-Bienvenida, Manuela...



"Querida amiga Rosita: Llegué ayer en el bergantín "Helena" y estoy viviendo en mi casa de La Magdalena. Muy pronto recibirás noticias mías, porque tengo intenciones de ir a Lima en cuanto acomode algunas cosas. Hay varios asuntos de los que debemos hablar. Ansío verte cuanto antes."



Manuela se instaló en su villa de verano que se hallaba muy próxima a la de Bolívar. A menudo pensaba con ironía en que la primera vez que Thorne la llevó a conocerla, ella pensó que no podría vivir más de una semana en un sitio tan solitario. Es que todo había cambiado para ella desde la irrupción de Simón en su vida y el solo hecho de tenerlo cerca, le importaba más que no tener tan cerca los círculos sociales de los que hasta poco tiempo atrás fuera el centro.

Y volvieron las noches en que iba al encuentro de Bolívar siguiendo el farol que se balanceaba en la mano de José Palacios, sintiendo que recuperaba el pasado de los sueños y los delirios, en otro tiempo y en otro lugar. Las horas nocturnas de La Magdalena, pobladas de fragancias de olivos y magnolias, leves murmullos y hondas de quietud, se llenaron -como antes lo habían estado las de Quito- de gemidos y suspiros, de reproches, de perdones y de largas conversaciones que a veces se prolongaban hasta el amanecer.



"Manuelita, como hace ya una semana que no tengo noticias tuyas, te hago llegar estas líneas para recomendarte prudencia. Si bien es cierto que en pocos días has vuelto a ubicarte en los ámbitos sociales que frecuentaras antes de tu viaje a Quito, no lo es menos que eso tiene un precio. En Lima nadie puede ser el primero en

señalarte porque casi todos, mujeres y hombres, tienen sus aventuras ocultas. Y justamente de eso se trata, de esconder ¿comprendes? Que una relación se conozca, no indica que deba mostrarse, porque es esa exhibición lo que no te perdonan. Los ojos de la ciudad están puestos en ti, en el paso de tu calesa por las calles, en las escapadas nocturnas de tu villa a la de Bolívar. Cúdate, James Thorne no es tonto y aunque ahora, dicen, se halla en la Costa de Marfil, en algún momento volverá y alguien se encargará de contarle enseguida de tus correrías. Es un hombre de cuidado al que no conviene tener como enemigo. Y cambiando de tema, aprovecho para pedirte que vengas pronto a verme, pues me consuela mucho volcar en ti mis penas por la ausencia de San Martín. Te abrazo.”



Que Manuela se mudara a la villa bolivariana e integrara el círculo político más próximo de Bolívar y que luego –aceptando el Libertador una sugerencia del coronel O’Leary, que además del afecto que sentía por ella, valoraba su accionar político– pasara a pertenecer a su Estado Mayor, discutiendo decisiones con sus oficiales, fue sólo cuestión de un par de semanas. A pesar de algunas rebeldías interiores y de ciertos forcejeos con su alma, el Libertador no podría dejar de ver lo útil que ella le resultaba, aportando las informaciones que obtendría moviéndose con inteligencia y soltura entre militares, clérigos, políticos y comerciantes, con varios de los cuales hasta trataba negocios de su marido, providencialmente lejos; algunos decían que en el sur de Chile, otros que tal vez, en Buenos Aires, ocupado en la expansión de sus siempre misteriosas transacciones.

-Cada día aparece un nuevo lugar para su destino; se nota que hay mucha gente que piensa en él.- afirmaba Manuela cuando se tocaba el tema, haciendo un ademán con su mano, como si espantara una molestia. -Pero ¿qué importa? Lo único que a mí me interesa es que no esté aquí.

La sociedad limeña ya no tenía espacio para el escándalo y verla instalada junto a Bolívar en el palacio virreinal, pasó a ser algo común hasta para los más reacios. Atendiendo a militares que reclamaban ropa, víveres y armas, a negociantes y mercaderes que solicitaban permisos y garantías y a políticos que buscaban por su intermedio los favores del General, comenzaron a pasar los días de Manuela en La Magdalena.

Y a pesar de tantas ocupaciones, se hacía de un tiempo para ir a la cocina a vigilar la comida que se preparaba para los almuerzos y las cenas, cosa que José Palacios le agradecía a cada momento. Al mediodía, por lo general, ella y Bolívar comían separados, ante la imposibilidad de apartar a Simón de las reuniones y, por lo común, debía conformarse -y aún sentirse satisfecha- sólo con que él aceptara hacer un alto en su trajín para comer el contenido de una bandeja que ella preparaba y su criado le alcanzaba al despacho.

Por las noches, en cambio, compartían siempre la mesa, habitualmente a solas y Manuela insistía en que nada quedara en el plato de él, que los últimos tiempos solía mostrarse inapetente. Cuando ella se lo hizo notar, la respuesta fue:

-Es que la fatiga me quita el hambre, querida.

Manuela se había limitado a menear la cabeza como una manera de evitar otros comentarios, porque lo del cansancio resultaba evidente vista la forma en que trabajaba, pero sólo era una parte de la verdad, porque la amenaza de la tisis que heredara de su madre rondaba el pecho de Bolívar y algunas noches, después del amor, la frente del hombre que se dejaba caer a su lado jadeante, ardía de fiebre. Ella había hablado con el médico, quien consideraba que el mal estaba controlado.

-La fiebre no es frecuente y no ha escupido sangre en mucho tiempo, señora, aunque, claro, habría que convencerlo de que descansara más.

Pero si pedirle a Bolívar que disminuyera su actividad ya era algo difícil, directamente fue imposible pretender que mantuviera la serenidad cuando llegaron las alarmantes noticias del norte. La revolución había estallado en Trujillo y sin pensarlo mucho, el General partió para sofocarla, dejando el cuidado de su espalda en las únicas manos confiables: las de Manuela.



“Además de las novedades de Lima, de los corrillos, de las quejas de la gente por la falta de alimentos y las protestas de los soldados que no reciben sus sueldos desde hace varios meses, debo participarte una novedad que te disgustará. Si bien al principio Monteagudo pareció aceptar los consejos de no quedarse en el Perú, ahora ha cometido la torpeza de volver. Hasta ahora se lo ha respetado por ti, ya que la gente sabe que lo consideras, pero no te garantizo que no lo maten en cualquier momento. Él, como siempre, vive con ostentación, gracias a la plata que le da el gobierno y eso, más los odios que se ha ganado por las arbitrariedades cometidas, hacen que nadie repare en las buenas ideas que tiene y en eso coincido contigo. No se puede negar que su proyecto de un congreso y de la unión de las naciones americanas es el gran sueño que muchos tenemos pero, repito, sus fines y su inteligencia son prendas de poco valor en la Lima de estos días.”



“José de la Riva Agüero no hubiera sido rival para el general Bolívar, señora Manuela, pero de todas maneras no hubo necesidad de empuñar las armas, porque cuando llegamos a Trujillo él ya había sido tomado prisionero por sus mismos hombres. El Libertador, como es su costumbre, se mostró magnánimo con los oficiales y soldados que se rindieron y los integró a nuestro ejército, tampoco escuchó los pedidos de Torre Tagle para que ejecutara a Riva Agüero y le ha permitido partir hacia Europa. Como verá, estimada señora, por aquí todo está en orden, de modo que la semana próxima emprenderemos el regreso a Lima. El General le pide disculpas por no escribirle él mismo, pero me encarece que le diga que sueña con pasar todo el verano a su lado.”



La carta de José Santana alegró su corazón; sin embargo, a pesar de las ciertas intenciones de Bolívar, las cosas no iban a ser tan fáciles. La Nochebuena se acercaba y Manuela aún no tenía noticias de la llegada del Libertador. Pasó la Navidad sola y sospechando infidelidades que demoraban la vuelta. Imaginaba una mujer deteniendo a Simón en cada uno de los pueblos que atravesaban en el tránsito a Lima. Y ya su furia no conocía límites -al punto que pensaba salir a su encuentro- cuando llegó una nueva carta de Santana desde Pativilca, una población costera, dándole las primeras noticias de la enfermedad del Libertador.



“Los trajines con la revolución sofocada, los desvelos posteriores y el paso por las cumbres de los Andes cumpliendo con el regreso prometido a usted, terminaron en un recrudecimiento de su latente dolencia, apreciada señora. Lamento darle estas noticias, pero usted debe saber que los vómitos de sangre lo confinaron en una cama, donde la fiebre lo tuvo delirando durante varios días y sus noches. Ahora parece que

está un poco mejor y todos confiamos que su natural fortaleza lo ayude para que se recupere pronto. Por favor, no se angustie, porque si bien aquí no contamos con remedios ni doctores, sus amigos no lo abandonamos. Le escribiré pronto y no deje de considerarme su afecto amigo.”



La capital peruana amaneció un día con la noticia repetida en voz baja, que Bolívar agonizaba, lo que provocó que los desórdenes habituales crecieran. El rumor llegó muy rápido a La Magdalena y Manuela, en el colmo de la desesperación, inició una actividad febril, ayudada por sus esclavas, para disponer sus cosas y partir hacia Pativilca sin escuchar los consejos de Rosita, que le recomendaba paciencia hasta recibir nuevas noticias. Y ya estaba lista para emprender el viaje, cuando llegó otra carta de Santana, aunque en esta ocasión, para tranquilizarla:



“Él está mucho mejor, señora Manuelita, sólo fastidiado por los mosquitos y el calor, pero reponiéndose, afortunadamente, pensando sólo en usted y confiado en un pronto reencuentro.”



Alentando esa ilusión, Manuela veía pasar los días, soñando con ver a Bolívar apareciendo en La Magdalena. Se divertía con la idea de lo poco que le costaría a él poner en su lugar al Marqués de Torre Tagle, que al amparo de los rumores que dieron cuenta de su enfermedad y su posible muerte, había aprovechado para agitar a la gente notable de Lima. La presencia del General sería suficiente para que todo volviera a su cauce y eso estaba muy cerca...

Pero lo que llegó una mañana, en vez de la presencia de Bolívar, apareciendo de pronto junto a la cama, para despertarla con un beso detrás de su oreja, como solía hacerlo, fue una carta de él que Jonotás le alcanzaba antes de preguntarle si podía servirle el desayuno.

La alegría con que rompió el sobre se desvaneció al desdoblar la hoja y comenzar la lectura.



“Mi querida compañera. Como ya sabrás por Santana he tenido algunos problemas de salud, ahora felizmente superados. Como también José te informara, mis intenciones eran volver a Lima en cuanto me repusiera, ya que no tolero más quedarme en un lugar donde parece concentrado todo el calor de este enero. Además, naturalmente, me urgía el deseo de volver a tus brazos.

Pero ya sabes que el hombre es esclavo de su destino y desgraciadamente, no podré regresar tan pronto como quisiera, dado que debo armar una estrategia que me permita volver a Lima con el poder suficiente como para poner las cosas en su lugar. He escrito al Marqués de Torre Tagle diciéndole que el Perú no podrá ser rescatado si persiste en su actitud de parlamentar con el enemigo y fomentar la sedición. Ya te imaginas que no me ha contestado, cosa que me tiene muy inquieto porque no sé qué se puede esperar de un hombre así.

Así pues, amada Manuela, estoy condenado a seguir soportando el calor, los insectos y el aburrimiento aquí, en Pativilca, al menos por un tiempo más.

El oficial que lleva esta esperará tu respuesta para mí.”



Después del berrinche inicial que le provocara la noticia del regreso postergado, Manuela trató de llenar sus días y acortar el tiempo de la espera usando el poder que su marido le dejara para manejar sus negocios en el Perú y empezó a tomar contacto con algunos comerciantes sin prestar oídos a las habladurías y las intrigas, pero sí permaneciendo alerta a los acontecimientos de la política, para continuar cumpliendo con sus deberes de coronela de Bolívar, grado que ella misma se adjudicara. En las noches, paseando por el jardín de la villa o asomada a sus ventanas, soñaba con que a la mañana siguiente el Libertador entraría en La Magdalena. Y la esperanza, renovada día a día, iba en aumento, convencida de que el suspirado reencuentro estaba cada vez más cerca.



Por eso, no comprendía el por qué de la angustia de esa tarde, en que el verano sofocaba las calles de la aldea y que era muy diferente a cuantas la cercaran los últimos tiempos. Lo iba a entender de pronto, exactamente en el momento en que Jonotás entrara en la sala, alborotada y con el turbante deshecho, para decirle que Lima había sido traicionada y que, caída la fortaleza del Callao, los españoles habían entrado en la capital por la puerta del Este, que abriera el marqués de Torre Tagle ayudado por los aristócratas, a quienes la revolución ya no interesaba.



Mabel Pagano nació en la provincia de Buenos Aires, República Argentina, el 6 de mayo de 1945. Ha publicado treinta libros, veinte novelas (una juvenil entre ellas) y diez libros de cuentos (dos de ellos en el género Literatura Infantil). Figura en diecinueve antologías de su país, en una de España y en dos de Estados Unidos. Ha obtenido varios premios literarios. Los más importantes: EMECÉ de Novela, Fundación Fortabat, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Gobierno de la Provincia de San Luis, Municipal de Córdoba y Fondo Nacional de las Artes. La Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires la ha distinguido como Mujer Destacada de la Provincia, y posteriormente le otorgó el Premio de Honor Eva Perón, ambos galardones por su trayectoria literaria.

La novela "Manuela Sáenz, la señora de Paita", un fragmento de la cual hoy publicamos, se encuentra inédita.